

## **La mora del laurel y los cinco maravedís**

El maravedí es una moneda medieval muy apreciada por los coleccionistas numismáticos porque procede de un período de la historia de España convulso y apasionante, fuente de numerosas leyendas fronterizas de moros y cristianos, de concejos que pagan tributos a los sultanes de los reinos musulmanes, de princesas raptadas que nutren los harenes moros, de cristianos apresados por los piratas sarracenos en el Mediterráneo y llevados cautivos a Orán.

El día que cumplí dieciocho años mi tía me regaló un colgante formado por un maravedí de oro engastado en un aro que colgaba de una gruesa cadena también de oro. Mi tía encontró cinco maravedís de oro un día que paseaba al tío Valentín por las ruinas del castillo del pueblo y el niño fue tragado por un agujero que se abrió bajo sus pies. Mi tía dice que fue la mora que la visitaba en sueños quien los salvo de morir enterrados. Yo comparto con mi tía algunas peculiaridades familiares además del nombre.

Mi madre que es la más joven de los tres hermanos cuenta que en una ocasión la tía Mercedes salio corriendo y gritando completamente dormida por el pasillo del tren en viaje hacia Madrid. Yo, sin llegar a tanto, siendo pequeña, me escapaba en sueños a la calle en cuanto mi madre se olvidaba de cerrar la puerta y de esconder la llave. Mi subconsciente me ha dado algún que otro disgusto transformando los sueños en pesadillas que me impulsaban a saltar de la cama huyendo de un peligro imaginario.

La genética familiar es el origen de numerosas afecciones, entre ellas se encuentran los trastornos del sueño que se heredan. El médico recomendó que, antes de ir a dormir, debía hacer ejercicios de relajación, estar tranquila y tratar de dejar la mente en blanco hasta que llegara el sueño, algo muy difícil de conseguir y que no impidió el sonambulismo. Si bien, se fue cumpliendo el diagnóstico del especialista y con el paso de los años los episodios se hicieron menos frecuentes. Esta peculiaridad biológica o herencia genética es un nexo de unión con mi tía Mercedes a quien, como a mí, también le gusta contar historias.

El pueblo no tenía playa y la abuela que adoraba el mar se disgustó mucho cuando el abuelo aceptó aquel destino sin consultárselo. Se enfadó tanto que le castigó con el silencio y hablaba con él lo menos posible.

Al abuelo le asignaron una casa a la entrada del pueblo, porque la que le correspondía en la estación estaba en obras. La casa era grande y de una sola planta, tenía un jardín en la parte delantera en el que sobresalía un majestuoso laurel que se convirtió en el centro de la vida familiar porque la abuela, en cuanto empezaron a alargar los días, decidió que comiéramos en el jardín. Primero saco una mesa y cuatro sillas, después puso un viejo sofá debajo del árbol y a continuación la cuna de Valentín obligándonos a dormir la siesta a la sombra del majestuoso árbol. Tu madre aún no había nacido. De no ser porque el abuelo le preguntó guasón si también pensaba sacar las camas al jardín quizás lo hubiera hecho, a la abuela le afectaba mucho el calor y aquel verano fue tórrido. A mí la tensión existente entre ellos me proporcionó una gran libertad, aunque no me libró de cuidar al niño, que era la tarea que tenía encomendada, ni de dormir con él la siesta bajo la sombra protectora del laurel mientras escuchaba hablar a la abuela con la chica que venía a ayudar en las tareas doméstica. Así me enteré de que el laurel ya estaba allí mucho antes de que habitaran aquellas tierras moros o cristianos y de que se construyera la casa propiedad del ayuntamiento en donde nos alojaron hasta que se terminaran las obras en la casa de la estación.

Según le explicó la chica a la abuela, los anteriores inquilinos plantaron los rosales y las plantas aromáticas que impregnaban el aire con sus aromas y alejaban a los mosquitos. La abuela, muy sensible a los olores, sin consultarlo con el abuelo, tuvo la ocurrencia de pedirle al alcalde que enviara a alguien a cortar el árbol porque le mareaba el olor a laurel y casi provoca un levantamiento popular.

-Pero ¿por qué no nos dejan cortar el árbol? le comentó la abuela a la mujer que ayudaba en las tareas domésticas.

La muy insensata tuvo la osadía de contestar.

-Compréndalo, señora, es un árbol milenario que está sano y no perjudica a nadie.

El árbol se quedó, pero despidió a la muchacha. En el pueblo conocían a la abuela como la loca-asesina-de-árboles.

Las quejas de los vecinos debieron llegar muy alto porque al abuelo le trasladaron antes de tiempo a otro destino cerca del mar, con lo que al final la abuela consiguió lo que quería, ¡menuda era la abuela! Lo peor fue que yo no hice ni un amigo. Me

daba tanta vergüenza entrar en el pueblo que me dedicaba a merodear por los alrededores paseando al niño.

A lo mejor la mora también visitó a la abuela y por eso quiso cortar el árbol o simplemente no le gustaba el olor a laurel. Tenía mucho carácter y aunque era difícil convivir con ella yo agradezco que se negara a darme tranquilizantes como le recomendaban los médicos de la época para controlar mi sonambulismo, un trastorno que entonces se asociaba con la epilepsia y que se guardaba en secreto como si fuera un estigma familiar, quizás porque en la antigüedad se pensaba que los epilépticos estaban poseídos por el demonio y si los enfermos no respondían a los exorcismos acababan en la hoguera. Ya se ha descubierto el gen involucrado en este trastorno del sueño, pero se desconoce qué y por qué se desencadena. La verdadera función del sueño es un misterio que materialmente nos desconecta durante la noche. El cerebro de todos los seres humanos necesita descansar durante la noche, dormir y soñar para funcionar correctamente durante el día.

Sabía que la chica que aparecía en mis sueños era una musulmana porque iba vestida igual que las mujeres que había visto en un relieve de la catedral de Granada que representa el bautismo de los moriscos después de la conquista de la ciudad por los Reyes Católicos. El sueño era tan real que cuando despertaba la buscaba a los pies del laurel. Al cabo de unos días ya me había acostumbrado a su compañía e incluso ansiaba que me visitara en sueños por la noche. Estoy convencida de que en el pueblo conocían la existencia del fantasma porque las chicas que ayudaban a la abuela en las tareas de las casa, tuvimos varias, sonreían cuando me veían acostar al niño en su cuna y colocar a toda prisa el sofá debajo del árbol. Quizás la mora me eligió a mí para que la ayudara precisamente porque no era del pueblo o porque éramos de la misma edad. El caso es que acerté al pensar que aquel sueño repetitivo no era una fantasía del subconsciente, porque la mora saltó de monopolizar el ligero sueño de la siesta a aparecer en mis sueños nocturnos más profundos, en los que se descubría el rostro y me miraba directamente a los ojos y hablaba sin parar aunque yo no entendía lo que decía. Una noche me acosté con el propósito de preguntarle qué quería.

-¡Hola! ¿Qué te pasa? ¿Te puedo ayudar? pregunté a la mora. Ella se quitó el mantón con el que se cubría la cabeza y comenzó a hablar en una lengua extraña, pero quedó claro que necesitaba ayuda porque me señalaba con el dedo y luego indicaba hacia la derecha. Claramente parecía querer ir a algún sitio.

-Sí. Vale. ¿Qué quieres que haga? recuerdo que le dije.

Cientos de años de historia nos separaban. Qué podía hacer yo estando en planos temporales distintos compartiendo una dimensión desconocida dentro del escenario de un sueño. Angustiada y tremendamente frustrada, creo que como consecuencia de escuchar mi propia voz, me despertaba abruptamente sin conseguir que la mora me dijera qué quería que hiciera por ella.

El destino o simplemente los acontecimientos se confabularon para que una mañana mientras paseaba con el niño por el bosque, que con el paso del tiempo había colonizado las maltrechas ruinas del castillo, se resolviera el enigma.

Valentín, que estaba aprendiendo a saltar sin caerse, corría unos pasos por delante de mí y en un momento determinado se puso a brincar como un cabritillo para demostrarme lo bien que lo hacía.

-¡Mira, tata! ¡Tataaaaaaaa!

El suelo se abrió bajo sus pies y un tremendo socavón se tragó al niño.

-¡Valentín!

Sin pensarlo ni un segundo me lancé a por él y por suerte lo encontré unos metros más abajo sentado, con los ojos cerrados y llamándome a gritos.

-¡Tata! ¡Tata! ¡Tata! ¡Tata! Parecía una croqueta rebozada en arcilla.

Al hundirse el suelo el niño se deslizó por un antiguo pasadizo que la erosión y la acción perforadora de las raíces de los árboles había debilitado bajando velozmente por la escurridiza pendiente hasta que se detuvo en un angosto recodo de la galería subterránea. Yo me dejé caer detrás de él con tan mala suerte que mi peso desprendió más tierra y piedras cegando la entrada, por lo que no tuvimos más remedio que continuar bajando por el túnel que en su día debió ser una vía de escape secreta que unía el castillo con el río que discurría a los pies de la colina.

-¡Cariño! ¿Estás bien?

-¡Tata! ¡Tata! No paraba de gritar histérico sin atreverse a abrir los ojos.

El túnel estaba muy bien construido porque permitía caminar erguido, además pequeños respiraderos perforaban por tramos el techo suministrando iluminación y ventilación. Comprobé que bajaba en zigzag muy cerca de la superficie tranquilizándome la idea de que si no encontraba la salida podía ampliar uno de aquellos orificios, aunque ésa era la última opción pues existía el riesgo de que el techo se desplomara y nos quedáramos enterrados en vida.

**Soy incapaz de calcular el tiempo que caminé con el niño en brazos, siempre bajando, hasta que me di cuenta de que ya no había pendiente y el pasadizo se había convertido en una amplia estancia alumbrada por la luz que se filtraba por entre los escombros que cegaba la salida. En la penumbra descubrí un banco construido con ladrillos en donde me apresuré a dejar al niño porque pesaba muchísimo. Con la fuerza que da la desesperación me dediqué a quitar las piedras del derrumbe que obstruían la salida. Con sumo cuidado practiqué un pequeño agujero que fui ampliando poco a poco hasta que conseguí meter la cabeza, luego los hombros, para después estirarme todo lo larga que era hasta alcanzar a ver que habíamos llegado al río. Regresé al interior de la cueva iluminada ahora con la luz que entraba por la abertura abierta en los escombros y pude comprobar que se trataba de un rústico habitáculo excavado en la montaña y reforzado por un zócalo de ladrillos. Observé que el niño, ajeno a nuestra delicada situación, seguía descansando acurrucado medio adormilado. Con el objetivo de apuntalar el agujero que había abierto en el derrumbe que obstruía la salida me dirigí hacia un rincón en el que me pareció ver un montón de palos.**

**¡Qué susto! Aquello no eran palos sino los huesos de un esqueleto completo que incluso llevaba los zapatos puestos. Desperdigados alrededor de los restos humanos distinguí una pesada falda y un mantón hecho jirones, posiblemente obra de las ratas. Nerviosísima ante la visión del esqueleto y de la ropa que se parecía a la que llevaba la mora que me visitaba en sueños ahogue un grito para no alarmar al niño.**

Mi tía lo contaba con el realismo de haberlo vivido y que a mí me es imposible trasladar al papel. La impresión de ver el esqueleto fue tal y el miedo de quedarse allí encerrada con el niño tan grande que decía haber olvidado cómo salieron finalmente de la cueva. Tan sólo recordaba verse lavando las piernas de Valentín en el río.

**En cuanto recuperé las fuerzas -decía - corrí a casa con el niño en brazos porque se había hecho muy tarde, con tan buena suerte que cuando entramos encontré al abuelo y a la abuela conversando animadamente porque había llegado la notificación del ansiado cambio de destino, así que estaban tan contentos que no dieron importancia a que llegáramos con la ropa sucia manchada de barro.**

Esa noche la mora entró en mi sueño, sonriente y feliz se dedicó a hablar incesantemente señalándome con el dedo como tenía por costumbre, inclinó levemente la cabeza se cubrió la boca con el mantón y desapareció.

Al río no bajaba casi nadie del pueblo porque llevaba poca agua y los jóvenes se iban en motocicleta a la piscina del polideportivo del pueblo de al lado, un recurso que a mí me estaba vedado porque no tenía ni amigas ni moto. Así que, aburrida, sin nada que hacer desde que la abuela me liberó de la obligación de cuidar de Valentín porque el niño no quería venir conmigo por nada del mundo y lloraba sin parar cuando intentaba llevármelo, un día volví a la cueva con el propósito de averiguar si el esqueleto que había encontrado era el de la mora. Absurdamente se instaló en mi mente la idea de que el alma del fantasma que me visitaba en sueños había escapado de su encierro por el hueco que había abierto en el derrumbe que cegaba la salida del pasadizo.

Terminé de reforzar la abertura con los palos y las ramas bajas que arranqué de los árboles antes de atreverme a entrar, no estaba tan loca como para reptar hacia el interior sin un mínimo de seguridad. Deslumbrada por la claridad exterior cuando entré en la cueva estaba completamente ciega, pero poco a poco me fui habituando a las tinieblas y el lugar me pareció menos siniestro y opresivo. No encontré ni rastro de los huesos, ni de los trapos. Sin embargo, al aproximarme al rincón donde el esqueleto debía haber estado vi brillar una moneda, al agacharme a recogerla descubrí la bolsa negra que había junto a ella.

¿Cómo se puede ayudar a alguien a través del tiempo? No sé cómo, pero estoy convencida de que la mora había huido de su encierro por el agujero que yo había abierto y que en agradecimiento me había dejado los cinco maravedís de oro que recogí saliendo de allí a toda prisa porque escuché un lejano y profundo suspiro que me estremeció de pies a cabeza. Luego, una vez fuera, ya más calmada, me entretuve en taponar el agujero con piedras, ramas, tierra y hojas para que no se notara que detrás de aquel montón de maleza había una cueva.

Muchas veces le he preguntado a mi tía Mercedes por el nombre del pueblo de la mora del laurel, pero o bien cambia de tema o simplemente no contesta. He llegado a pensar que se ha inventado la historia.

El día de mi cumpleaños con el colgante del maravedí en la mano se lo pregunté una vez más.

-Tía, ¿cómo se llama el pueblo de los maravedís?

-Tu abuelo era ferroviario, así que vivimos en tantos sitios que ya no lo recuerdo, cariño.

**Fin**